

## LA NAVIDAD DE MI NIÑEZ

*Digna Villanueva Alequín  
Estudiante de Maestría  
Pontificia Universidad Católica de PR*

La calle de mi barrio se llenaba de alegría al acercarse la Navidad. Era un inmenso regocijo, tan infinito como la eternidad. No sé si era mi imaginación, pero todo parecía bailar en el aire. El alborozo, las voces, el cariño, todo era como un mundo nuevo, como un inmenso sueño, donde todos soñábamos a ser felices. Un sueño de amor... era el nacimiento del Niño Jesús. En esa época siempre fue el Niñito Jesús. Ignorábamos que había crecido. Era como celebrar un cumpleaños eterno. Lo soñábamos y cada año revivíamos su nacimiento como un acontecimiento muy especial. Mi mamá decía que era la vida que comenzaba con su renacer. Jesús vivía en un lugar muy especial, apartado y callado. Todos los años lo sacaban a la luz y lo colocaban debajo de un enorme árbol, o sobre una mesa adornada con pascuas y guirnaldas. ¡Que hermosa se veía su casa, su cuna, en la Navidad! Recuerdo una mañana, estaba en el patio, en casa de mi madrina. ¡Hacía tanta brisa! Todo bailaba a mi alrededor. Aún recuerdo esa sensación de sentir la brisa en mi piel, en mi rostro, en mi cabello. Todas esas sensaciones quedaron grabadas en la memoria, marcando cada espacio, sellándolos con los latidos de mi corazón. Mi árbol de mangó se mecía como una hamaca y las flores alrededor bailaban presagiando la época de la alegría, la época del amor. ¡La inocencia de la felicidad! La felicidad que

crece en el corazón de un niño que espera el milagro del nacimiento del Niño Jesús y la llegada de los tres Reyes Magos. De solo evocarlos, nuestras vidas saltaban y nuestra imaginación corría...corría hasta alcanzarles y verles recorriendo lentamente las arenas del desierto. De un desierto que cruzarían hasta alcanzar el camino de las estrellas que les llevaría hasta nuestro cielo. Mis hermanos y yo sentíamos algo muy especial en nuestro ser. Era como si miles de campanas vivieran dormidas en nuestro pecho y de tan solo oír nombrar a los Reyes Magos éstas empezaran a cantar. Era una sensación de misterio mezclado con una alegría que no tenía definición en aquellas mentes tan llenas de inocencia, al imaginar y esperar por los Reyes, con tanto amor. ¡Los tres Reyes Magos, señores de tierras lejanas, que cabalgarían todo un año hasta llegar a nuestra casa! Llegarían. Teníamos un calendario en la pared de nuestro cuarto. Todos los días marcábamos el tiempo que faltaba para su llegada. ¡Cuán largos se nos hacían aquellos días! Parecía que nunca iban a llegar. La mañana era extensa y la noche parecía que iba a ser eterna en su oscuridad. ¡Recuerdo con tanto amor mi niñez! También recuerdo con gran tristeza cómo se nos fue ese tiempo sin saber que se nos iba. Aún me parece caminar aquella calle. La acera para ir a la tienda a hacer los mandados de la casa...de mis vecinos. En Navidad era cuando más me gustaba ir. Caminaba como si quisiera grabar cada pisada, cada sensación, cada olor. Sentía la brisa revolcando mi cabello...mi cabello dorado como el sol. Mi vestido parecía que volaba, como alas lanzadas al viento. Mis vecinos se reían, parecía que la brisa me iba a levantar. Mi cabello se enredaba y cubría mi rostro. A todos les gustaba mi cabello, decían que era

como rayos de sol. Yo solo sonreía. Esa sonrisa que aún vive en mí y que me ha seguido a través de la vida. A veces se reían de mí porque siempre sonreía...pero mi madre decía, “no dejes de sonreír, alguien siempre necesita una sonrisa y además no cuesta nada y a ti te hace feliz”. De más está decir que aún sigo sonriendo a pesar de los golpes que he recibido en la vida. Todavía la Navidad de mi niñez vive en mí y me hace sonreír con la vida.

En esos años recuerdo como vivencia muy especial cuando mi padrino llegaba a su casa cargando un hermoso pino, el árbol de Navidad. Su casa era hermosa y muy grande. En aquella época no recuerdo haber visto otra casa tan grande como ésta, con excepción de la de mi abuela. Era inmensa, con tres enormes puertas, que cuando se abrían era como abrir el alma de la casa porque todo se llenaba de luz y alegría. La mayor parte del tiempo sólo una puerta permanecía abierta, era la puerta del centro, la que daba paso a la sala, y al comedor. En aquella sala, tan grande como un sueño, viviría el pino que albergaría todo un mundo de magia y color para anunciar y recibir el nacimiento del Niño Jesús. Aún me parece verlo, era el rey de aquella sala. ¡Tan grande y majestuoso! Era descubrir un mundo entre sus ramas. Su olor, ese olor a pino fresco, ese aroma, aún lo llevo grabado en mi pecho, en mis recuerdos. Y así lo llevaba conmigo hasta que llegaba a mi casa. Como éramos vecinos, todos los días iba a visitar a mi árbol de Navidad. Mi madrina lo decoraba con bolas de colores muy brillantes. Predominaban el rojo, el verde y el oro... también había bolas de color azul. ¡Eran los colores de la felicidad! Me acostaba a dormir y en mi

mente le veía. Le veía brillar, brillar con sus luces de alegría, con sus luces de Navidad. ¡Como soñaba con tener un árbol tan grande y hermoso como aquel! En sueños acariciaba las bolas que en la realidad no nos era permitido tocar. En esa época no podíamos acariciar un sueño sino era soñando. Y me parecía ver a mi madrina al colocar las guirnaldas con sus luces hermosas y brillantes. ¡Como deseaba tocarlas! Ver de donde salía la magia de tanto color, de tanta alegría. No quería que se apagaran nunca. Me gustaba verlas brillar y brillar... Imaginaba cómo sería la Navidad en Belén. Cómo sería tener un árbol así de grande en mi casa. Un árbol con la magia y la alegría en su mirada. Soñaba despierta y así pasaban las horas. Permanecía sentada en el sillón que quedaba cerca de la puerta de entrada. Desde allí veía la noche, desde allí veía a mi árbol. Solo él y yo sabíamos que era mío... como un sueño de amor prohibido. Como un sueño que se esfuma y a la vez permanece dormido en el tiempo, caminando por lugares remotos y secretos de la vida. Pasaban los días, y cada noche me llevaba impregnado en mi cuerpo y en mi alma el aroma de mi árbol. Si estaba sola me acercaba a él con cuidado y le tocaba. Rozaba con cuidado las bolas de colores y me parecía sentir el color de esos matices de terciopelo, esa sensación de paz. Era como sentir una caricia en el alma. Era como si el tiempo quedara suspendido en el matiz de los colores y de esas luces. Era sentir su resplandor en el alma de mis manos. Sabía que de noche ellas vivían; de día dormían y yo las mecía con el roce de mi piel. Era como buscar un sueño. A veces me asustaba, temía que me sorprendieran tocándolas. ¡Eran tan hermosas! Era como sentir un pedazo de vida, de alegría en mis manos de

niña. La estrella que coronaba mi árbol era un pedazo de sol que iluminaba las noches de mi árbol y las noches de mi vida. De mi vida de niña, llena de preguntas, de ilusiones vividas, de ilusiones perdidas. Se acercaba la Nochebuena. ¡Había tanta algarabía en mi barrio! En las esquinas de la calle se reunían los vecinos a hablar y a cantar. Por dondequiera se escuchaban los aguinaldos, las velloneras se vestían de fiesta cantándole a la Navidad, a la vida que nos ofrecía otra oportunidad de disfrutar, de ser felices, de volver a soñar. Era la Navidad que volvía a nuestras vidas, para entregarnos la dicha de otra oportunidad de compartir con la familia, con los vecinos, con los amigos.

Se vivía y la vida tomaba otro giro. Se acercaba la Nochebuena, y la vida se sentía como una inmensa guirnalda con luces de estrellas cristalinas. Mi padre llegaba a la casa cargado de bolsas...mis hermanos y yo nos reíamos solos... era un momento muy especial. Mi papa traía bolsas llenas de frutas, de dulces y de bebida para celebrar la Navidad. Rápidamente mi mamá empezaba a sacar todas las delicias que estaban dentro de esas bolsas, que en ese momento adquirían otra dimensión. Mami empezaba a colocar en un plato los dulces y frutas que les llevaría a mis padrinos y a los vecinos. ¡Como recorría esa acera llevando de casa en casa los obsequios que mis papás les enviaban! Era la época de ver tantas frutas juntas. Papá llevaba manzanas, peras, uvas, dátiles, turrón alicante, mazapán, unos dulces azucarados de gomitas, que se desvanecían en la boca de solo probarlos. No daba tiempo a saborearlos bien. Eran como la vida de un niño sin niñez, que

se desvanecía sin saber que la había tenido. El día seguía su curso y la casa se llenaba de fiesta. Mami hacía los pasteles, el arroz con gandules, el arroz con dulce, el tembleque y papá asaba el lechón. La casa se llenaba de amigos y familiares y de nuevo empezaba la procesión de llevarles pasteles y arroz con coco a mis padrinos y vecinos. Era tan divertido visitarlos en esos días. ¡Sus casas y rostros estaban tan alegres! Todo era una inmensa alegría. Esa noche nuestros padres, padrinos y vecinos se acostaban tarde. Nosotros teníamos que estar temprano en la cama, la fiesta era para los adultos y los niños nos acostábamos a escuchar toda la alegría que reinaba en la casa, en el vecindario. ¡La música era tan hermosa, tan llena de vida! Era la música del tiempo, de la vida. Era la música que cantaba en el alma de mis padres, que se mezclaba con su risa. El sueño nos iba venciendo, pero mi espíritu, mi ser, no quería dormir. Quería vivir. Veía cuando las amistades de mis padres pasaban a la cocina. Les miraba a través del mosquitero...era como ver pasar un sueño despierto. Allí era donde todos se reunían. Era el lugar más amplio y grande de la casa...allí día a día, se daban cita mi madre y la cocina. Allí jugábamos. Allí soñábamos. Esa mezcla de olores, de los pasteles, del arroz con gandules. ¡Era tan embriagante, tan delicioso! Era la Nochebuena y la cocina se vestía de fiesta y mi madre era la reina de ese recinto. En casa de mi madrina la reunión era en la sala y en el comedor. Imaginaba a mi árbol disfrutando de su noche de fiesta y esplendor. Y así escuchando las voces que llegaban hasta mi cuarto me iba quedando dormida hasta que llegaba el nuevo día.

Día de Navidad. Mi madre, mis hermanos, y yo nos levantamos temprano como todos los días. Mi padre aún dormía. La casa de mis padrinos estaba sumida en el silencio, también la de algunos vecinos. Todo parecía dormir, menos la vida. Mis hermanos y yo fuimos al patio a jugar. En esa época no sabíamos ni conocíamos a Santa Claus, mis padres tampoco. Solo estábamos pendientes del calendario que estaba en el cuarto y que cada vez nos acercaba más y más a nuestro gran día. ¡Como lo esperábamos! Cada día aumentaba más nuestra lista de juguetes. Y mami nos decía, recuerden que hay muchos niños en el mundo y quizás no reciban todo lo que piden, pero siempre les van a traer sus juguetes. Tan pronto despertaba la calle, iba a la casa de mi madrina a ver mi árbol. Tenía que estar callada, mi padrino dormía. Mi árbol estaba dormido. Su ramas tan altas colgaban rozándose las unas con las otras. Había envejecido. Se veía cansado, soñoliento, me acerqué a él, todavía sentía su aroma, sabía que solo dormía. En la noche despertaría.

Pasaron los días y mi árbol seguía envejeciendo, como se si se le fuera la vida. La espera había sido larga, faltaban solo unos días para que llegaran los Reyes Magos....

Llegó la mañana...llegó la vida.

Víspera de Reyes, día de una nueva vida. Nos levantamos bien temprano y era tanta nuestra alegría que no sabíamos qué hacer con tanta algarabía y con tanta espera. ¡Qué largo se hacía el día! Deseábamos que llegara la tarde para ir a cortar la yerba. Buscar la más verde y la más fresca. Sentir esa yerba en nuestras manos era nuestro más preciado tesoro. Nos temblaba la

piel, nos temblaba la vida. Era tanta la emoción que nos reíamos solos. Mami nos ayudaba a amarrar la yerba con sumo cuidado. Luego cada uno de nosotros, con nuestros macitos en las manos, las colocábamos debajo de la cama. Después íbamos a casa de nuestros padrinos a llevar la yerba para que los Reyes nos dejaran más juguetes. La dejábamos debajo de la cama de mis padrinos. Tres macitos de yerba en espera de los Reyes Magos...tres macitos de yerba que sostenían tres sueños y las ilusiones de tres niños que soñaban con el milagro de los regalos.

¡Que noche tan larga y eterna! Temprano nos acostábamos. Recuerdo que mami nos dejaba ver en el firmamento cómo los Reyes se iban acercando. Eran las tres estrellas más brillantes en el cielo de nuestra niñez. Las mirábamos y nos íbamos a la cama con el recuerdo de ese momento dormido en el alma. Despertaba varias veces durante la noche, todavía mis padres y mis padrinos conversaban. La noche era larga como un sueño sin tejer. Miraba la yerba que estaba bajo la cama de mi hermano, y me asomaba y miraba bajo mi cama, mi hermana se asomaba y nos mirábamos asustados. Todavía no han llegado. No nos atrevíamos a hablar, por el temor a que nos escucharan. Si mi mamá nos sentía, nos regañaba y nos recordaba que si estábamos despiertos los Reyes no llegarían temprano a nuestra casa. Con estas palabras volvíamos a caer en el sueño esperando que la noche se hiciera día. ¡Como no iba ser larga si estábamos en la cama desde las siete de la noche esperando con todos nuestros sueños e ilusiones! Miraba por la ventana y sentía el silencio de la noche...la quietud de las estrellas. Y me dormía mirando ese cielo bañado de estrellas cristalinas que le señalarían el

camino a los tres Reyes Magos. Así nos dormíamos, soñando con los juguetes, con esos benditos juguetes que eran nuestra alegría. La alegría del niño que todo lo cree y todo lo espera. Como la mayoría de los niños de mi infancia, nunca recibíamos juguetes durante el año.

De madrugada nos despertaba el sonar de una trompeta...era un niño que se despertaba temprano, vivía en la otra esquina de la calle. Siempre era el que despertaba al barrio. Con él despertaban la calle, las casas, anunciando que los Reyes lo habían visitado y se encontraban cerca. Mirábamos bajo la cama, los tres macitos de yerba yacían en el mismo lugar...aún los Reyes no llegaban. No sé cómo volvíamos a caer en un profundo sueño...imagino que el temor de que ellos supieran que estábamos despiertos y continuaran el camino y olvidaran nuestra casa. Mami decía que ellos no olvidaban, solo esperaban a que estuviéramos dormidos para no romper la magia de su presencia. La magia de un sueño de niños que se queda grabada en el alma. ¡Qué ilusión tan hermosa, qué regalo tan bello nos daba la vida! El recuerdo de los Reyes magos ha permanecido en mí, y cada cinco de enero mi alma vuelve a buscar a la niña que ayer fui. Esa niña que se quedó prendada de mi vida y que aflora en mí cada vez que esbozo una sonrisa. Sé que soy la niña de ayer en mi cuerpo de mujer...todavía les espero y creo que llegan a mi cuarto aunque ya no haya regalos, los regalos de la niñez. Ahora poseo los más hermosos regalos que me ha dado la vida. Los recuerdos que se amarran en el alma con los hilos de la fantasía. Son los regalos que nuestros padres nos legaron con la ilusión del día de Reyes y que mis hermanos y yo guardamos como un regalo de vida. Mi corazón los grabó

con tinta eterna y los selló con estrellas cristalinas. Ya no hay obsequios materiales. Pero cada año me traen el recuerdo de navidades pasadas, de la alegría en mi casa, en las de mis padrinos y vecinos. Los recuerdos de mis primos corren aún por los rincones de mi alma. Poseo el tesoro más hermoso, la Navidad que llevo en mi corazón.

La luz de la mañana iluminó nuestros rostros, temblábamos de alegría. ¡Los Reyes habían estado en nuestra casa! La yerba había desaparecido...y en su lugar había unas muñecas hermosas. Una tenía el cabello rosa, era la mía. La otra tenía el cabello azul cielo, era la de mi hermana. Mi hermano recibió un carrito y un traje de vaquero. Tenía una pistola que brillaba como monedas de plata. En la sala nos habían dejado unos juegos de tazas y una lavadora con rodillo semejante a la de mi mamá. ¡Que alegría tan inmensa sentía en el alma! Mis hermanos estaban alegres, nadie quería desayunar. Fui a la tienda a comprar fulminantes para la pistola de mi hermano. Todos en el camino me preguntaban qué me habían dejado los Reyes. Las calles estaban vestidas de fiesta, los Reyes habían visitado las casas de los niños de mi barrio y la vida danzaba. En la sala aún quedaban regalos. Eran obsequios para los primos y para otros niños. Eran niños que vivían muy lejos y a los Reyes no les daba tiempo de llegar antes de que despuntara el alba. Papá les había puesto yerba en la sala. Así los ayudaba, para que a esos niños no les pasara como a él, cuya casa los Reyes nunca habían encontrado. Esos regalos se quedaban dormidos en la sala hasta que mi papá los despertaba y los llevaba a la casa de sus amigos quienes los esperaban ansiosamente.

Mi padrino nos llamaba. Los Reyes habían visitado su casa...y no bien había terminado de llamarnos, subíamos corriendo las escaleras de su casa. Buscábamos debajo de la cama, y allí estaban dos perritos blancos y cremas que cuando les dábamos cuerda brincaban y saltaban. A mi hermano le regalaron un carro de policía con sirena. Volvíamos a casa con nuestro tesoro para enseñárselo a nuestros padres que es esos momentos desayunaban. Mi madre nos decía hay que ir a misa, cuando regresen juegan. Mis hermanos seguían jugando. Yo me vestía para ir a la iglesia, pero me pesaba el alma. Iba sola acompañada del recuerdo de mis juguetes. ¡Que larga se me hacía la misa! Tan pronto terminaba, no caminaba como todos los domingos, corría tan libre como el viento, salvando las distancias para llegar a mi castillo de ensueños, mi casa. Todo el día la pasábamos jugando...atados al tiempo de nuestros juguetes, de nuestra niñez. Nuestros juguetitos de tazas eran el recipiente para nuestros alimentos, dulces y galletitas. Había que ir a comprar los dulces en la tiendita antes que cerraran y la calle se sumiera en su siesta habitual. ¡El día de Reyes se queda prendido en el alma de la niñez y cada cinco de enero despierta como un espejo que guarda el tiempo que se nos fue!

Llegó la noche. Con mi muñeca en brazos te fui a ver. Ya tus ramas no eran tan firmes, la bolas de cristal parecían tocar el pesebre y las guirnaldas colgaban como lágrimas desamparadas y tristes. Te acaricié... toqué tus ramas secas y marchitas. Tus ramas hincaban como las agujas que mami usaba parra coser. Más que lastimar mis dedos eran punzadas que me hincaban el alma con el recuerdo de tu mirada. Tus luces se iban apagando,

caían bajo el peso de tus ramas. Te tocaba y te sentía tan cansado. No me regañaron por tocarte. Mañana te llevarían a otro destino, donde van a morir todos los árboles de la vida, de las navidades que se van. Tus luces y bolas de luz y magia se guardarían en las viejas cajas por todo un año hasta que llegara la próxima Navidad. Tú no regresarías, otro árbol ocuparía tu lugar en aquella sala. Otro árbol nos traería alegría. Otro árbol prepararía la llegada del nacimiento del Niño Jesús. Otro árbol nos anunciaría la llegada de los Reyes Magos. Pero tú, tú siempre serás mi árbol y te veré brillar en todos los árboles que iluminen mi vida.

*Horizontes* es la Revista de la Facultad de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico. Los lectores pueden imprimir, bajar el contenido o enviarlo por correo electrónico para uso individual. No se autoriza el uso comercial del mismo. Se solicita que citen correctamente los datos bibliográficos de cada artículo de acuerdo con un manual de estilo. Para su conveniencia incluimos los dos formatos mayormente utilizados en el mundo académico.

Referencia bibliográfica del artículo (según APA):

Villanueva Alquin, D. (2006). La Navidad de mi Niñez. *Horizontes*, 48(95), 177-188. Recuperado de <http://www.pucpr.edu/hz/106.pdf>

Referencia bibliográfica del artículo (según MLA):

Villanueva Alquin, Digna. "La Navidad de mi Niñez." *Horizontes* 48.95 (2006): 177-188. *Horizontes*. 3 Sep 2009 <<http://www.pucpr.edu/hz/106.pdf>>

Las referencias anteriores se basan en los siguientes manuales de estilo:

American Psychological Association. (2010). *Publication manual of the American Psychological Association* (6<sup>th</sup> ed.). Washington, DC: The Author.

Gibaldi, J. (2009). *MLA handbook for writers of research papers* (7<sup>th</sup> ed.). New York, NY: Modern Language Association of America.